

VIEJAS POSTALES DESCOLORIDAS

LOS VIEJOS CAFES HABANEROS.

Por Federico Villoch.

EN LA esquina de Neptuno y Prado, casi frente a Fornos, y en los terrenos que hoy ocupa el café restaurante Las Columnas, estaba la famosa Bodega de Alonso, punto de reunión de la bohemia artística y periodística de aquellos tiempos. Entre Antonio Escobar, Céspedes y otros, fundaron el semanario "La Cebolla", del que no se llegaron a publicar más que tres o cuatro números. Se hizo muy popular y se recitaba en todas las alegres peñas de entonces aquella exposición en verso al gobernador civil que empezaba:

*Doña Matilde Bambolla,
natural de Candelaria
y presidenta honoraria
del gremio de las...*

Corría entonces por La Habana un aire de guasa y "choteo" que la hacía simpática y atrayente en grado sumo. No sabemos si atribuirlo a los edificios, que no excedían entonces de dos plantas, o a que no nos preocupaban problemas ni situaciones graves, lo cierto era que la diafanidad, la claridad, reinaba en el espacio y en las almas: era una Habana radiante de luz y de alegría. La Habana de las sandungueras guarachas del maestro Guerrero...

*

Entre los antiguos cafés habaneros que aun perduran, cuéntase el popular y célebre en nuestra historia revolucionaria, Marte y Belona, situado en la esquina de Monte y Amistad, paradero un tiempo de las guaguas que iban al Wajay, Calabazar y otros pueblos de los alrededores de La Habana, y hoy, de los omnibus que hacen la ruta de Matanzas, Cárdenas y otros sitios. Estando jugando a las siete de la tarde del día 12 de octubre de 1854, una partida de billar, en este café el traidor José A. Castañeda, que había entregado a Narciso López en las Pozas, recientemente, fué muerto súbitamente de un tiro de pistola por la espalda que le disparó desde la calle Nicolás Vignau, tío de Pepe d'Estrampes, pagando así la

villana acción que había cometido. Cuéntase que Castañeda jugaba a las carambolas en el momento de recibir el certero balazo de Vignau, y que al caer muerto sobre el borde de la mesa, ya impulsado el taco, efectivamente, hizo carambola por tres bandas... El poeta José Agustín Quintero escribió al siguiente día del suceso unos inspirados versos con motivo de la muerte del traidor Castañeda, que circularon clandestinamente en una hojita impresa y que empezaban así:

*Para vengar a su mejor caudillo
la joven Cuba que rencor exhala,
si no tuvo el acero de un cuchillo
tuvo el plomo encendido de una
(bala.*

*Bala que como un rayo ha res-
(pondido
a tanto grito, luminaria y fiesta;
que en el taller del pueblo se ha
(fundido,
y fué ayer elocuente su protesta...*

Se refería a las fiestas que se celebraron en La Habana con motivo de la derrota y caída de Narciso López.

Al frente del Instituto de Segunda Enseñanza, que estaba por aquella fecha en la calle de Obispo, existía el pequeño café y dulcería El Ángel, que sólo tenía al fondo de la sala cuatro o cinco mesitas a lo sumo. Muchos, hoy altos señores de la magistratura, la política, el foro y la ciencia, se desayunaban allí con un modesto café con leche, y no pocos, por todo almuerzo, se contentaron con un humilde *sandwichito* de a diez centavos billetes, un *niquel* de hoy. La oportuna campanada del Instituto llamando a clases resolvió más de un pago difícil, al menos por el momento. Al comienzo de la propia calle de Obispo, frente a la casa Ayuntamiento, abría sus dos modestas puertecitas al público el café La Mina, popularizado por su magnífica horchata y sus refrescos de cebada que detallaba a cinco centavos el vasito. Esta cebada, con unas gotas de ginebra, se recomendaba para ciertos reconditos males...

No olvidemos el antiguo café La Diana, de Reina y Aguila, que al fin se rindió a la avalancha modernista—tanque germano incontenible—y de grata memoria pa-



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

2

ra muchos descoloridos de ayer que en sus confortables reservados echaron a volar más de una cana, y menos aún a su simpático y jovial pianista de aquellos días, mejor dicho, de aquellas noches, el popular "bizco Romeu de La Diana", hoy todo un señor jefe de orquesta de los más renombrados cabarets. La cena en un reservado de La Diana significaba, por lo general, el inicio de una empresa amorosa. El tiempo y el nuevo edificio levantado en aquella esquina han arrojado miles de paletadas de tierra sobre muchas de ellas...

No olvidemos citar el café del teatro Alhambra, abierto con el teatro el año 1900, donde durante su permanencia en La Habana acostumbra a pasarse las horas ensimismado ante su ajenjo, y viendo jugar al dominó a sus vecinos de mesa, el genial poeta ni-

caraguense Rubén Darío, y al que también acudía a menudo su colega el dulce vate venezolano Julio Flores, avecinado en una casa de huéspedes, allí próxima, en la calle de Virtudes. También hacían su tertulia en este café de Alhambra los deportados políticos de México y Santo Domingo, y El Alba—hoy Palacio Velazco—, café de guadañeros y pescadores, en cuyos portales, colgadas en garfios ya expresamente fijos en las paredes, se exhibían las enormes agujas de veinte y treinta arrobas cogidas por los pescadores de aquel barrio.

Rara era la esquina en aquel tiempo viejo donde no se encontraría un cafetín. Se sostenían principalmente con el despacho de café con leche, y las sesiones de dominó que duraban todo el día y hasta la última hora del servicio. Todos tenían una clientela fija. De ellos se recuerdan El Rosal, en la esquina de Crespo y Animas, Las Delicias, en la de Industria y Virtudes; el popular y ya desaparecido Jerezano, en Prado y Virtudes, hoy tienda de modas, donde su dueño, el simpático y rumboso "Curro Rafaé", obsequiaba a sus marchantes—uno de los más asiduos, el popular ac-

tor vernáculo "Piroló", hermano de Regino López—y sus provincianos, con succulentas raciones de jamón de la Sierra, aceitunas aliñadas de Córdoba y manzanilla de la mejor de Sanlúcar. Cuando la Colonia, siempre estaba lleno de oficiales de la marina que, como se sabe, en su mayoría proceden de Cádiz, Málaga y otros puertos andaluces. El célebre café El Guanche, en la esquina de Neptuno y Belascoain, destruido por una recia batalla campal en los días de la evacuación entre libertadores y soldados españoles; el que existe en la esquina de Galiano y Dragones, en el que en un tiempo se pasaba el día el viejo guarachero de los antiguos bufos de Villanueva, Pancho Valdés Ramírez, escribiendo sus décimas callejeras para el semanario "La Caricatura", allí próximo. Entre los más recientes, el Mar y Tierra, en la esquina de Belascoain y Lagunas, donde hasta horas avanzadas de la noche se reunía el malo-

grado poeta Sánchez Galarraga con varios de sus amigos, el postalista entre ellos; y allí recitándonos, por centésima vez, su salutación a Lecuona por su maravillosa "María la O"; sus tronantes alejandrinos contra Machado, a pesar de la "pareja" que "ojeaba", paseándose por la acera de la Beneficencia, allí enfrente; ahora se reúnen allí los pelotaris y "hablan de pelota"...

Era muy conocido el café El Universo, en Neptuno y Manrique, donde a menudo se veía al inspirado poeta Hilarión Cabrisas, recitándole a alguno de sus numerosos amigos y admiradores los versos bellos y emocionantes que acababa de componer; y también se veía allí al poeta de color Risquet, autor de "Espumas", vestido siempre de traje negro, de chaqué,



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

tocado de bombín, en la época en que era representante a la Cámara. También visitaba El Universo algunas noches el entonces joven maestro Moisés Simons, en los días en que compuso su canción "El Manisero", popularizada en seguida. Algunas noches cenaba en este café con sus compañeras de teatro, la bella artista vernácula Amalia Sorg, cuando era la reina del Molino Rojo, y empresario de este teatro Alfredo Hornedo. El Universo permaneció abierto muchos años; pero al fin cerró sus puertas, y hoy ocupa aquel lugar una tienda de retazos de un polaco.

Otro café histórico y célebre en nuestras revoluciones, en la del 68, El Louvre, de Martiartu, que le dió nombre a la famosa Acera, y también fué tiroteado. En los altos estaba el célebre salón de bailes Escauriza. El Louvre le cedió el paso al café Inglaterra, del hotel de su nombre; y, reducido hoy a su última expresión, semeja un modesto descolorido del tiempo viejo, que apenas recuerda, apoyándose modestamente en una esquina, su glorioso y espléndido pasado.

Había tantos cafetines de esquina como bodegas de barrio. Instalarlos costaba poca cosa, pues con cuatro o seis mesas, dos do-

cenas de sillas de Viena, un mostrador de madera, una cocinilla en un ángulo para las cafeteras, algún espejo deslustrado colgante de la pared, mal defendido de las moscas por una sutil gasa color azul desvaído, un mediano surtido al crédito de bebidas entre extranjeras—pocas—y del país—muchas—y debajo del mostrador un garrafón de coñac barato de los que se fabricaban en los alambiques clandestinos de Tallapiedra, ya se llenaba el expediente. Y a trabajar a "duro pecho" madrugando, trapeando el piso, dando mucho paño sobre el mármol de las mesas, porque entonces no existía la ayuda de las apuntaciones, ni de los terminales de jai-alai, que aun no se había establecido. Asombra lo que da la "ginebra compuesta". Son muchos los dueños de estos modestos cafetines que han acabado por adquirir la propiedad de la casa en que en un principio se instalaron, reedificándola después hasta convertirla en un magnífico edificio de departamentos, como, entre otros, hizo el dueño de la fonda y café el Aguila, en Aguila y Dragones, frente a la Plaza del Vapor.

¡No en vano preguntaban un tiempo los destiladores holandeses, si aquí en Cuba la gente se bañaba en ginebra!

Castell, junio 15/41



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA